

Ciencia y Técnica en Cartagena de Indias y en el Gran Caribe. Siglos XVII al XIX

Jairo Solano Alonso¹

Ha sido tradicional referirse al Caribe como un área de confluencia de poder de los imperios europeos que destinaron sus posesiones a la economía de plantación utilizando el trabajo de africanos esclavizados y asiáticos explotados hasta el extremo durante cinco siglos. Se suele considerar que a través de la historia tanto la zona insular como el litoral continental han sido escenarios de confrontaciones entre las metrópolis por el dominio del destino de los conjuntos humanos que en sus tierras se han ubicado.

Cartagena, ciudad emblemática del Caribe colombiano, ha tenido una historia común con los países de la cuenca ya que desde su origen en el siglo XVI, era el primer contacto de los galeones españoles portadores de productos europeos destinados a la América meridional y lugar de depósito de los tesoros procedentes del Perú, en las cajas reales para su posterior remisión a Sevilla o Cádiz. Desde el siglo XVI, Cartagena era la puerta de entrada para todo un enjambre de burócratas, clérigos, militares y esclavos que buscaban viajar al sur, especialmente al Perú, en la búsqueda febril y obsesiva del oro y la plata de Cuzco y Potosí. Los viajeros a Santafé, sede de la Real Audiencia, también ingresaban por el puerto amurallado.

1. Doctor en Ciencias de la Educación, Rudecolombia-Universidad de Cartagena. Doctor en Historia de América, Universidad Pablo de Olavide (Sevilla-España). Sociólogo. Magíster en Dirección Universitaria, Universidad de los Andes. Magíster en Sociología de la Educación, Universidad de Antioquia. jaisolano2003@yahoo.com

La azarosa vida de los puertos en el espacio regional Caribe (Vidal Ortega, 2005), obligó a la Corona española desde el siglo XVI, a destinar a los puertos del Caribe (Elías Caro & Vidal Ortega, 2013) no solo soldados para la defensa sino un conjunto de ingenieros militares para la construcción de murallas, baluartes y fortalezas, que exigían la utilización de la ciencia y la tecnología de la época para su diseño y construcción. A la vez se vieron obligados a utilizar el trabajo de los esclavos africanos cuyos dueños exigían la protección de su salud. Resulta entonces que además del destino manifiesto militar y comercial las ciudades del Caribe requerían un cuerpo médico eficiente y formas de afrontar la enfermedad y las epidemias, como la viruela, que ya habían asolado buena parte de la población indígena, indefensa para soportar la invasión de patologías europeas.

De la medicina postrenacentista a la cirugía moderna

La historia de la ciencia me ha llevado a plantear que además de los aspectos económicos, geopolíticos, militares y de las expresiones espirituales producto de la mixtura racial y cultural, el Caribe ha sido también un lugar de obligada práctica e investigación científica para la conservación de la vida humana (Solano Alonso, 1998). Son de obligada mención importantes personajes que han cultivado diversos saberes y han ejercido impacto en esta área desde la época colonial. Por las huellas que han dejado de su *praxis* se pueden mencionar en Cartagena, en principio, los practicantes de la medicina que contribuyeron desde la dura fase de la conquista y la colonia a la supervivencia de aquella sociedad.

Galenos que dejaron un legado de crónicas vivas del arte de curar como el médico portugués Juan Méndez Nieto, judío converso, fugitivo del fiscal Riego de Santo Domingo que quería retornarlo a España, o someterlo a los Tribunales de la Inquisición. Méndez Nieto es el autor de la obra pionera *Discursos Medicinales* en 1608, de la cual ha hecho recientemente una edición facsimilar la Universidad de Salamanca, bajo la dirección de Luis Granjel. El médico judío portugués ha recibido, desde mediados del siglo XIX, la atención de eruditos e historiadores de la medicina, de los cuales ha recibido un tratamien-

to dispar, que se polariza entre la admiración y la crítica radical; asimismo su periplo vital ha dado elementos para la creación literaria de escritores tan importantes como Gabriel García Márquez (1994).

Méndez Nieto también exhibe una completa formación académica salmantina, caracterizada por privilegiar la teoría consistente en aforismos hipocráticos sobre la práctica conocida como *Obra de Manos (Chir Argos)* que debían practicar los cirujanos a quienes consideraban artesanos, por aquello de la división platónica entre trabajo material e intelectual. Es significativo que el médico portugués además del discurso europeo clásico se interese por las alternativas curativas que ofrece el entorno, aprovechándose de algunas tradiciones indígenas, basadas en productos de la tierra y costumbres curativas para afrontar en forma eficiente las fiebres recias y dé a conocer otros productos del Reino cuyas virtudes conocía y que consignó en el libro hoy extraviado: *De la facultad de los alimentos y medicamentos indianos*, y otro manuscrito que parece haber corrido igual suerte, llamado *Tratado de las enfermedades prácticas de stere y no de Tierra Firme*.

En cualquier caso, lo que sí queda claro es que en Cartagena de Indias se hicieron los primeros grandes esfuerzos editoriales basados en una ética pragmática en una actitud radicalmente distinta a los novenarios y trisagios religiosos, que circularon en Santafé en el propio siglo XVI y comienzos del XVII.

Pero quizá el médico de mayor relieve en el puerto durante el siglo XVII fue el sevillano Pedro López de León, conocido en España como el Cirujano de Indias. Este profesional llegó a Cartagena como cirujano militar de las galeras navales de Cartagena que custodiaban el litoral Caribe desde Venezuela hasta Portobelo y residió durante 24 años en la ciudad. López de León, profesional de vanguardia de su tiempo, escribió en Cartagena de Indias su trabajo *Teórica y práctica de las Apostemas* en 1628 con historias clínicas extraídas de sus habitantes y descripción de los procedimientos vinculados a su *praxis*. López, promueve y experimenta una de las teorías de punta en la Europa de entonces: la *Vía Secante*, que representa una verdadera ruptura con la llamada

Vía Común basada en el *Pus Loable*,* polémica de paradigmas que a todas luces estaba lejos del ambiente conventual y recogido de la distante capital del Reino, Santafé.

A pesar de su carácter innovador no desconoce algunos elementos terrígenos de aborígenes y negros para la materia médica y su *Antidotario*, no solo refleja que era un profesional inclinado a la experimentación quirúrgica (*Chir Argos*) sino que tenía un conocimiento exhaustivo de la farmacología y la terapia medicamentosa de entonces, situándose en la antesala del paracelsismo con el manejo de la destilación. Es notable la utilización en los albores del siglo XVII, de procedimientos de laboratorio que describe con minuciosidad. También llama la atención su completo instrumental para las intervenciones quirúrgicas y su laboratorio cuya tecnología sitúa a López de León en la antesala de la iatroquímica, que solo alcanzará carácter de innovación hacia finales de siglo con Juan Bautista Juanini y Juan de Cabriada, cabezas del movimiento *novator* en España.

El trabajo avanzado de estos galenos fue una demostración que la ciencia médica en su versión galénica, tuvo su ingreso como era lógico y natural por el Caribe colombiano y concretamente por un puerto en efervescencia como Cartagena, donde además confluían, como lo reconocen los médicos referenciados, los saberes y la influencia de los curanderos indígenas y los saberes de los esclavos africanos, que alimentaron su obra en una expresión del temprano mestizaje cultural y científico.

Además de la medicina que en la primera fase colonial significó un verdadero “Duelo de Imaginarios” (Quevedo *et al.*, 2008), entre indígenas, africanos y europeos, ya que literalmente eran prácticas médicas en conflicto, también otras actividades técnicas o científicas tuvieron un considerable desarrollo, es el caso de la ingeniería militar, arte que los europeos extendieron a todo el Caribe.

* Era la teoría del Maestro de López de León, Bartolomé Hidalgo de Agüero.

La ingeniería militar

Las obras más trascendentales de la ingeniería militar en Cartagena fueron las murallas, “iniciadas en 1586 por el ingeniero militar italiano Bautista Antonelli, al servicio de España, con la ayuda del Maestro de Campo don Juan de Tejada y concluidas en 1796 por el ingeniero militar don Antonio de Arévalo (Poveda Ramos, 1993, p.29)”. Antonelli “El Joven”, también construyó en Cartagena el baluarte de Santo Domingo.

Todas estas estructuras de defensa fueron concebidas para contrarrestar el asedio inmisericorde de los piratas de cada uno de los imperios que tenían emplazados en los mares antillanos. El italiano también realizó otras tareas de trascendencia para España en el complejo defensivo del Imperio español en el Caribe, tales como las fortalezas de los Tres Reyes del Morro y San Salvador de La Punta; no obstante la más crucial de sus obras de ingeniero en Cuba fue la culminación del acueducto de La Habana, llamado la Zanja Real.

De igual manera, el nombre de Antonelli está asociado a la construcción del Fuerte de San Lorenzo en el estuario del río Chagres en Panamá en 1601.

También en el puerto cartagenero en la fase colonial, fue construido el Fuerte de Pastelillo, por parte de Bautista McEvan (Poveda Ramos, 1993, p.35) y el Canal del Dique “realizado entre 1649 y 1651 por el Maestro de Campo Pedro Zapata” (Poveda Ramos, 1993, p.33). Según Gabriel Poveda Ramos, “en su trazado y construcción se utilizaron quizá por primera vez entre nosotros, técnicas como la agrimensura, el trazado geométrico de rutas y el cálculo de caudales hidráulicos”. Y agrega “tanto en las murallas como en el Canal del Dique trabajó Don Antonio de Narváez (1733-1812), nacido en Cartagena y quien obtuvo su título de Ingeniero en España y trató de establecer en su ciudad natal una escuela de Ingeniería Militar que desafortunadamente no prosperó”. A Narváez “le correspondió buena práctica en las obras de Bocachica, en las murallas de Cartagena y en el Canal del Dique” (Restrepo Sáenz, 1948).

Si bien Cartagena estaba atada a su misión de defensa militar (Marchena,

1982), su sino comercial y el papel asignado de factoría importadora de esclavos africanos, otras preocupaciones por la ciencia y la técnica tuvieron lugar en su recinto, es el caso de la labor del ingeniero y matemático Antonio de Arévalo, quien estuvo a cargo del mantenimiento de las obras de Antonelli y la construcción de complementos decisivos como los Castillos de San Felipe de Barajas y San Fernando de Bocachica, así como las Bóvedas de Santa Clara. Es de mencionar que todo este complejo arquitectónico fue realizado con el trabajo cautivo de los esclavos y prisioneros forzados.

Ahora, desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia y de la técnica, el desarrollo pragmático de las matemáticas va enlazado a estas construcciones.

La Expedición Fidalgo (1792-1810)

Otro de los hitos importantes en el terreno de la ciencia lo protagoniza Joaquín Francisco Fidalgo, egresado de la Academia de Guardias Marinas de San Fernando, cuerpo militar y naval [que formaba] parte del proyecto modernizador de la dinastía borbónica. Una de las características de la formación de Fidalgo, inserto en el medio de la progresión y expansión de las matemáticas y de la trigonometría, fue sin duda la de sus capacidades académicas (Domínguez Ossa, 2012). Desde 1775 fue nombrado maestro de matemáticas de la Academia de Cádiz, aunque continuó sus actividades como navegante y militar participando en contiendas bélicas en la guerra de España y Francia contra Inglaterra, entre ellas las batallas por la posesión de Gibraltar y la expedición de Argel.

El capitán de navío Joaquín Francisco Fidalgo fue destinado a la organización y comandancia del Apostadero Naval de Cartagena instituido al lado de La Habana, y el de Montevideo, cuya misión era la protección de la costa de Tierra Firme en la cual debía “cuidar que no prosperasen asentamientos extraños en el Darién o en la Costa de Mosquitos”.

Con la dualidad entre su labor en el Apostadero y su proyecto científico de Expedición Hidrográfica, hacia 1791 se establecieron por parte del secretario de la Marina Antonio Valdés, dos comisiones con sendas expediciones por el

Caribe, la primera estaba al mando del capitán de fragata Cosme Damián Churruca y cubriría las pequeñas y grandes Antillas desde Trinidad hasta Cuba y la segunda, al mando del capitán de navío Joaquín Francisco Fidalgo. Debía elaborar el Atlas de la América Septentrional, el cual incluía las cartas hidrográficas de las pequeñas y grandes Antillas y las costas continentales del gran Caribe desde las bocas del Orinoco, siguiendo por Venezuela, la Nueva Granada, Centroamérica y el golfo de México hasta rematar en la península de la Florida. En algún momento, la Expedición Fidalgo debía establecer la distancia marítima entre Cartagena y La Habana.

Las embarcaciones usadas en las expediciones emprendidas se construyeron en los astilleros de Cartagena del levante, cuatro bergantines muy ágiles y livianos que debían disponer de un instrumental adecuado para “la determinación de coordenadas, triangulaciones y sondeos, además de los útiles para el dibujo de los mapas”.*

El epílogo del siglo XVIII y los albores del XIX, caracterizados por las crisis e inestabilidades políticas y las confrontaciones de clases y razas, pero también por la dinámica de instituciones como el Consulado de Cartagena, cuyo prior era el comerciante ilustrado radicado en la urbe amurallada José Ignacio de Pombo, permitió la confluencia entre los científicos españoles dirigidos por Fidalgo y las iniciativas científicas del payanés.

El liderazgo que impulsaba las hazañas del Consulado lo ejercía don José Ignacio de Pombo, quien unía a sus condiciones de comerciante exitoso de Cartagena una sólida formación intelectual adquirida en el Colegio Seminario de Popayán, ciudad donde había nacido en 1761, y el Colegio Mayor del Rosario de la capital. Se había radicado muy joven en ese puerto sin perder sus nexos

* Instrumentos utilizados: Para la determinación de coordenadas: Un cuarto de círculo de Ramsden, cronómetro de Arnold, Sextantes de pedestal de Stancliff, con graduación Ramsden y horizonte artificial, 3 sextantes de Thoughton, para triangulaciones, un teodolito, una cadena de medición de 120 pies de París, 2 perchas de madera de a 10 pies de burgos (2.78 metros, un antejo de diseño). Para el dibujo: un compás de nivelación, un compás elíptico, transportador (regla unida a un círculo graduado), para el sondaje: escandallos.

con Francisco José de Caldas y José Celestino Mutis, con quienes mantenía copiosa correspondencia y facilitaba recursos para sus expediciones en búsqueda de quina y otras especies; de igual manera se conoce correspondencia cruzada con el barón Alejandro de Humboldt.

De Pombo propuso un canal interoceánico en el país a través del río Atrato, ruta que utilizó después Humboldt; se apoyó en la Expedición Hidrográfica del Atlas de la América Septentrional, cuyos bergantines construidos en los astilleros de Cartagena habían realizado trabajos científicos al mando de Fidalgo, especialmente la travesía entre Cartagena y La Habana e impulsado la Escuela Náutica Consular. En el ámbito de la salud propugnó por la incorporación del Caribe a los procesos de vacunación.

La desconfianza del virrey Amar acerca de las actividades del diligente promotor del Consulado, que se apoyaba en Manuel del Castillo, contraparte criollo de la expedición de Fidalgo –cuyos miembros residieron en la ciudad de Cartagena hasta 1810 haciendo trabajos en el Caribe– impidió que el grupo científico se comprometiera con las expediciones por las rutas fluviales del Reino, cuyas piezas claves eran los canales del Dique y Atrato y los caminos al Magdalena, que propugnaba el Consulado, según estudios realizados puntualmente por el ingeniero Antonio de Arévalo, al no autorizar la participación de la Marina en las exploraciones.

Por eso, ante la tozuda negativa virreinal, Pombo configura “un plan de adquisición de instituciones científicas propias, adquiere una casa para el Consulado pero a la vez sostiene que tenía el proyecto de que se establezca en ella una escuela de dibujo, otra de pilotaje y matemáticas, la imprenta y en adelante podrán hacerse otros establecimientos útiles” (Lucena Giraldo, 1992, p.143).

Habla del “establecimiento de un jardín botánico”, de disponer de recursos para contratación de los maestros, entre ellos uno de dibujo de la Academia de San Fernando que traerá modelos y dibujos y demás necesario para el establecimiento, habla de un maestro de Pilotaje que según él procederá de la

expedición de Fidalgo y finalmente manifiesta a su amigo científico su deseo de que el maestro de botánica fuese escogido por este.

José Ignacio de Pombo y la introducción de la vacuna

Un suceso de gran importancia para entender los caminos que transitaba la ciencia y la salud en la Cartagena que se asomaba al siglo XIX, lo protagoniza también José Ignacio de Pombo e involucra a los mismos personajes en idénticos roles, ya de impulso o de obstáculo al progreso. De la correspondencia de Mutis y el empresario cartagenero se desprende la preocupación compartida con el sabio médico y botánico, por la pronta introducción de la vacuna en el Reino. En esas cartas, se narran las vicisitudes que había atravesado el transporte a estas colonias del “pus” contra la viruela. Por ello no escatimó esfuerzos para argumentar a favor de la urgencia para disponer de la vacuna, por lo cual se dirige al Comandante de la Marina don Miguel de Yrigoyen, y le expone la afortunada experiencia de los países británicos que la habían ensayado en Jamaica. Este se declara impedido y consulta al Virrey a nombre de Pombo quien llega a proponerle: “Me permita fletar a mi costa una embarcación para ir en lastre a buscar dicha vacuna a la citada Isla de Jamaica ó a los Estados Unidos de América Septentrional, sin llevar ni traer cosa más que los víveres precisos” (Pombo, 1803, citado por Lucena Giraldo, 1992, p.136).

Pues la respuesta del Virrey fue negativa una vez más, a pesar de que Pombo había tenido el cuidado de remitirle una publicación científica de la *Gaceta de Jamaica* donde se hablaba de la experiencia y la disposición de la vacuna. El Virrey argumentaba que había una benéfica disposición de la Corona para traer la vacuna a estas tierras y entretanto, “es de sobreseerse en todo intento de recurrir a colonias extranjeras, cosa prohibida, ya que no se debe apelar sino en caso urgentísimo y absolutamente inexcusable” (Yrigoyen, citado por Lucena Giraldo, 1992, p.134). Una vez más Amar era desbordado por la visión de Pombo, quien a pesar de argumentar que

(...) si se examinan a la luz de una buena crítica las causas de la despoblación de la América Española y la de la destrucción de sus naturales, ninguna se

encontrará que haya influido más que las viruelas, cuyos estragos fueron tanto más rápidos y considerables en los primeros años de la conquista cuando entonces era más desconocido el mal, menores los auxilios de la curación y mayor la disposición de los naturales para contraer el contagio (Yrigoyen, citado por Lucena Giraldo, 1992, p.134).

Abundó en argumentos hasta denunciar que

(...) si después de tantos métodos curativos inventados en estos últimos tiempos y señaladamente el de la inoculación, nada se ha hecho para impedir el rápido progreso del contagio y sus efectos son tan mortíferos, ¿cuáles no serían en aquellos tiempos de ignorancia? Resaltó que “convencidos de su utilidad los extranjeros no han omitido medio ni gasto alguno para propagarla y hacer la inoculación de ella en sus respectivos países; y más afortunados ó más activos e inteligentes que nosotros han logrado trasladarla con suceso a América (Yrigoyen, citado por Lucena Giraldo, 1992, p.135).

Nada se logró en las altas cumbres del poder y el Virrey nuevamente fue sordo a Cartagena. Pombo debió seguir nuevamente sus cauces comerciales y adquirió la vacuna en Puerto Rico. Una nueva carta de Pombo a Mutis informa que se habían vacunado 27 jóvenes en Santa Marta, por tanto “a pesar de la prohibición de contactos con los dominios extranjeros (a los que había llegado la vacuna) el contrabando y temporalmente el comercio legal, convirtieron la teoría en preceptos, la vacuna llegó antes que la expedición a las colonias españolas” (Yrigoyen, citado por Lucena Giraldo, 1992, p.131).

La expedición española había salido de La Coruña en 1804... recaló en Puerto Rico, primera colonia receptora de la linfa enviada por España (Guallar Segarra, p.78). No obstante, cuando Balmis arribó a Puerto Rico “encontró que desde la isla danesa de Santo Tomás la había traído el cirujano Francisco Oller”; igual sucedió en Cuba con Romay y en Colombia con Pombo.

Las interminables luchas de José Ignacio de Pombo con el virrey Amar y Borbón, lo convencieron que debía seguir camino propio. Expone con sólidos

argumentos a Mutis su visión del sistema colonial en el cual reconoce altos grados de incultura, miseria, opresión y aniquilamiento. En una posición sin precedentes, propia de una visión moderna de la economía considera que el origen de todos los males (es) el tributo, considera que el comercio de esclavos para felicidad del género humano, se puede considerar ya extinguido desde el presente año. Preconiza la vida civil de los indios y finalmente propone la creación de “Hospicios y Hospitales”.

Desde el punto de vista académico, y avanzando en su proyecto de institucionalización científica propone la creación de

Escuelas de Primeras letras en todos los pueblos, de mineralogía, de botánica, zoología y de química... teatro anatómico y un estudio formal de la medicina en que se enseñen la cirugía, la anatomía y la farmacia, por cuya falta padecen y mueren, tantos hombres y niños en detrimento de la población (Lucena Giraldo, 1992).

Al final la historia cierra un brillante episodio para Cartagena con líderes como José Ignacio de Pombo y empieza a desplazarse el vórtice de sombras y errores de la Inquisición a la luz de la ciencia; el fulgor de los médicos y cirujanos del siglo XVII llegó en los albores del XIX a una cima donde apenas se oteaba el horizonte.

José Fernández Madrid, política y medicina en Nueva Granada y Cuba

Es obligatorio, cuando se habla de ciencia, mencionar al médico cartagenero José Fernández Madrid, prócer de la independencia de la Nueva Granada, y cultivador de los saberes básicos de una época en que los intelectuales criollos estaban persuadidos de la utilidad de los saberes para procurar “Prosperidad, la riqueza y la felicidad” (Silva, 2002; Lynch, 1989), ideales de la Ilustración que los maestros encabezados por José C. Mutis (Soto, 2005), J. I. de Pombo, Eloy Valenzuela y Francisco Antonio Zea (Soto, 2000), entre otros, pertenecientes a la generación nacida en las dos últimas décadas del siglo XVIII, fueron protagonistas del movimiento independentista.

Se puede demostrar estudiando el discurso médico de su tiempo que José Fernández Madrid, no solo debe ser reconocido actor de primera línea de la independencia sino como representante de avanzada de la medicina ilustrada en transición a la clínica anatómica francesa, por lo cual su obra escrita, en las conmociones propias de la independencia y las vicisitudes de la construcción de la nación colombiana y latinoamericana, merece un nuevo examen. Parto de la hipótesis que Fernández Madrid, cumple claramente el proceso evolutivo de la medicina ilustrada a las propuestas fisiológicas que se debaten en la primera mitad del siglo XIX, en particular la de F. V. Broussais y la de Brown; además su posición ilustrada se expresa en la búsqueda de bien público, filosofía que preside sus escritos en una policromía que abarca medicina, periodismo político, poesía, teatro, geografía y ciencias naturales, temas propicios para su inserción en el horizonte de los científicos criollos que debe diseñar el país de acuerdo al horizonte intelectual que había presidido su actuación.

El médico y prócer del barrio San Diego, estudió en el Colegio Mayor del Rosario, en un momento de privilegios y exclusiones por origen racial y social, con beca otorgada en 1800 y allí “obtuvo los grados de derecho canónico y medicina, antes de cumplir sus veinte años” (Martínez Silva, 1935). Su desempeño en el plantel capitalino fue brillante a juzgar por sus exámenes y por el aprecio que se granjeó del círculo científico y literario de la capital, siendo acogido en la “Tertulia El Buen Gusto”, donde se conocieron sus primeros poemas.

Muy pronto se relacionó con Francisco José de Caldas y el profesor Eloy Valenzuela, quienes lo animan a escribir artículos científicos. Con su amigo Manuel Rodríguez Torices realiza experimentos de astronomía, situados al nivel del mar en Cartagena para comparar su comportamiento con respecto a la altura de Bogotá,* en especial la observación del eclipse de 1810, publicada en el *Argos Americano*, y vista desde el edificio del Consulado de Cartagena.

* Renán Silva (2002) cita al sabio Caldas: “Como el elemento principal... era el coeficiente general corregido por la temperatura, nos fue necesario hacer observaciones del termómetro en los mismos días y a las mismas horas, en Santa Fe y en Cartagena. Don Manuel Rodríguez Torices, verificó estas por espacio de un mes, mientras nosotros lo hacíamos en este observatorio”.

Pero indudablemente al saber que consagra sus estudios es la medicina. Fue alumno en El Rosario del doctor Vicente Gil de Tejada, quien sucede al D. Miguel de Isla, en la que Fernández se destacó al lado de Pedro Lasso de la Vega. Otros profesores destacados de su promoción eran Eloy Valenzuela, Marcelino Hurtado y Camilo Torres. Cuando se hizo acreedor a la publicación en *El Semanario* de Francisco José de Caldas, este presenta así su estudio:

El autor de esta memoria es un joven que acaba de terminar su carrera de estudios, dotado de talento y aplicación y lo que es más precioso, de amor a su patria y de compasión por los infelices. El editor se cree en la obligación de hacerlo conocer en el Reino y que la patria funde esperanzas de tener algún día en el doctor Madrid, un *Foderé* o un *Borae*.

En la primera fase de la Nueva Granada se distinguió por el ejercicio de su profesión con alto criterio científico y la actividad política, prioridades que no lo alejan de sus prácticas culturales que eran habituales por su participación en las tertulias santafereñas donde empezó a destacarse en la poesía romántica* y humanista así como en el teatro americanista.

Sostiene Carlos Martínez Silva (1935), uno de los biógrafos de Fernández Madrid:

Enrolado así Madrid, en el escogido grupo de los hombres que dirigían el movimiento científico de la colonia, regresó a la edad de veinte años a Cartagena, su patria, residencia de su familia, donde se dedicó al ejercicio de la medicina, llegando en breve a adquirir gran reputación en el arte de curar. Pronto se vio distraído en parte del ejercicio de su profesión por el movimiento revolucionario de 1810, en el cual cooperó con el mayor entusiasmo y fervor en unión de García de Toledo, Del Real, Torices y los demás próceres de la heroica Cartagena. En unión del último de quien era íntimo amigo, fundó el periódico llamado *El Argos*, que luego siguió redactando en Tunja y en Santa Fe, asociado

* Vergara y Vergara J.M. Lo considera uno de los precursores de la poesía romántica en Colombia. Aunque hizo también obras de teatro, odas y cantos épicos dedicados a Bolívar y los libertadores.

al señor Castillo y Rada, y que más tarde tornó a publicar en La Habana con el mismo título (Llano Isaza, 2002),* esta vez acompañado del poeta e intelectual argentino José Antonio Miralla.

Entre 1811 y 1816 Fernández Madrid adquiere preeminencia en la actividad política y periodística. Firmó el 11 de noviembre el Acta de Independencia de Cartagena** que lleva su firma (Triana y Antoverza, 2005). Por su elocuencia llegó a ser diputado, triunfiro y presidente, a sus 27 años, de las Provincias Unidas cuando se desmoronaban ante el avance irreversible de Morillo. Derrotado y vilipendiado por el militar español fue embarcado con su esposa en Cartagena rumbo a la metrópoli, en una goleta en mal estado, que naufragó en una de las playas de Cuba, debiendo recalar cerca de La Habana, ciudad floreciente y abierta que contaba a la sazón con 150 mil habitantes (Fernández Madrid, 1824, p.253), en la que desplegó su saber médico y se insertó en el ambiente intelectual y político de la isla.

Si bien no existe una unidad en la obra de José Fernández Madrid, sin embargo un examen atento de su trabajo científico permite deslindar las publicaciones médicas de su actuación y publicaciones políticas y literarias recogidas en sus *Obras Completas* (Fernández Madrid, 1889)***.

Se examinan en este trabajo cinco Memorias científicas que se articulan en una unidad conceptual:

Memorias científicas y escritos varios

Sobre la naturaleza, causas y curación del coto. En *El Semanario de Santafé*

* El autor, sostiene que el *Argos Americano*: “Fue el periódico más influyente y más estable de nuestra primera República y al que podemos catalogar como el decano de la prensa política colombiana, después se le editó en Tunja, Santa Fe y La Habana”.

** En la primera fase de la Independencia de Cartagena desempeñó el cargo de Síndico Procurador del nuevo gobierno.

*** La obra poética de Fernández Madrid fue publicada en Londres en 1828; incluye poesías, odas a los libertadores, canciones, elegías, tragedias con un fuerte acento romántico, neoclásico y americanista. Fue considerado iniciador del teatro en Colombia.

de Bogotá, junio 16 de 1810, por José Luis Fernández Madrid, quien la consagra en testimonio de su afecto al doctor D. Eloy Valenzuela.

2. *Sobre la Disentería en general y en particular sobre la de los barracones* por José Fernández Madrid, La Habana, 1817.
3. *Ensayo analítico sobre la naturaleza, causas y curación de las calenturas Thermoaldinámica y Thermoatóxica llamada calentura amarilla de América, Vómito Prieto. En que se da una idea de la naturaleza y curación de las demás calenturas.* La Habana, 1821.
4. *Sobre el influjo de los climas cálidos y principalmente del de La Habana, en la estación del calor.* Programa propuesto por la Sociedad Económica en su sesión del 16 de diciembre de 1822 (Premiado con patente de socio de mérito por esta Real Sociedad en sesión del 16 de marzo de 1824).
5. *Sobre el comercio, cultivo y elaboración del tabaco de esta siempre fiel isla de Cuba. Por el Doctor D. José Fernández Madrid.* La Habana, 1824.

Memoria médica en la Nueva Granada

Hay que distinguir en Fernández Madrid en su condición de médico dos etapas distintas, la primera, referida a su trabajo publicado a los 21 años en *El Semanario* de Francisco José de Caldas titulada *Memoria sobre la naturaleza, causas y curación del coto* (Fernández Madrid, 1810), que dedicó al reconocido botánico ilustrado Eloy Valenzuela, autor de las Constituciones del Colegio de Mompox (Soto, 2005, pp.232-266) y fue ponderada, como vimos, por Francisco José de Caldas. Y la segunda que está representada por sus escritos en la Isla de Cuba entre 1817 y 1824.

Hay que señalar que Fernández Madrid “en el año de 1809 se doctoró en derecho canónico y en medicina y recibió su título el 16 de febrero de 1810; de esa fecha data esta monografía sobre el coto que es “su primer trabajo científico publicado en *El Semanario* de Francisco José de Caldas, quien le dedicó entusiastas elogios:

El doctor don José Luis Fernández de Madrid nos remitió la presente memoria sobre cotos... nosotros la hemos revisto cuidadosamente, y la hemos hecho

examinar por hombres de luces, y todos la han hallado digna de ocupar un lugar distinguido en *El Semanario*. El autor de esta memoria es un joven que acaba de terminar sus estudios, dotado de talento y aplicación, y lo que es más precioso, de amor a su patria...

Dice el médico Carlos Gustavo Méndez, autor de uno de los trabajos más completos sobre el galeno cartagenero que

En esta memoria recomienda como tratamiento para el coto, el ruibarbo, el perejil y los espárragos y también las esponjas de mar calcinadas, esto último es la única mención que se hace en ese escrito de algo que tenga que ver con sal yodada, cuya deficiencia, como se supo muchos años después, era la causa del famoso coto o bocio.

En su estudio de 1810, el joven médico tiene entonces en gran estima los trabajos del médico galo Francois Enmanuel Foderé (1764-1835), quien había realizado estudios sobre el cretinismo y la medicina legal, pero igualmente discrepa de su profesor Vicente Gil de Tejada, quien en un estudio del tema había reducido la cobertura de su análisis a Santa Fe. Fernández se distancia de él estudiando en otras zonas del país la aparición del coto. Después de examinar zonas rurales y cálidas del Magdalena y el litoral de Costa Firme, encuentra una mayor frecuencia del mal en mujeres, monjas y todo el que lleve “una vida lánguida y moribunda dominada por la atonía y relajación de todo el sistema”.

Observa que nunca lo padecen los bogas, ni los indios de complejión robusta. Postula que “todo lo que disminuya la contracción del sistema linfático en general, será la causa remota y lo que destruye y agota la contracción de los vasos linfáticos situados en el cuello será la causa propia”. Recomienda la medición de la humedad de la atmósfera con el higrómetro. Se alarma que “un tercio de nuestros hermanos estén cargados por una masa enorme y monstruosa... que ataca los nervios y el cerebro y casi aniquila sus facultades intelectuales degradando al paciente y reduciéndole a un estado de estupidez

humillante y vergonzosa” (Soto, 2005, p.409). Invita en 1810, al estudio de la fisiología y maneja autores como Hunter, Pinel, Alibert, Boherhave, Fabre, Meckel, Chestien, Narcagni, Breza, y el doctor Vidal, pero igualmente reconoce los saberes populares dado que cree que los grandes descubrimientos no están reservados a los sabios. Para ello cita el ejemplo de la quina y el guaco.

Como puede advertirse, el conjunto de autores que cita a Fernández Madrid en este escrito está inscrito en la medicina ilustrada, que según Emilio Quevedo, se caracteriza por “un primer periodo de persistencia de una medicina ilustrada, con un saber médico apoyado en las ciencias modernas, pero con una práctica médica aún hipocrática, aunque revitalizada por el empirismo de Thomas Sydenham y sus seguidores” (1993). Quevedo reconoce un segundo período “de introducción de las ideas de Broussais y...luego de la medicina clínica francesa. Precisamente, el principal aporte de José Fernández Madrid en mi criterio, es su rápido desplazamiento a los autores que fundamentan la medicina anatomoclínica francesa, hecho que se ve impulsado por su contacto con los médicos de la isla de Cuba y su sorprendente consumo de autores de vanguardia.

Escritos del exilio cubano

La segunda etapa discurre entre sus publicaciones del exilio cubano (1817-1825), donde exhibe un avance considerable en sus conceptos dado que entre 1817 y 1824 se advierte una importante re-conceptualización adhiriendo tempranamente a las teorías fisiológicas que irrumpían con fuerza en América. Llegó a causar tan “grata impresión” a las autoridades, que le pidieron permanecer en esa ciudad. En Cuba llegó “a ser considerado como el más hábil profesor de la isla”. En sus escritos cubanos se observa un paulatino cambio de terreno, que bien puede ser interpretado como una ruptura con su pasado ilustrado.* Fernández Madrid se desenvuelve en el eje de encuentros y desencuentros conceptuales de los distintos discursos médicos de su tiempo. Se

* Fernández Madrid dice: “El temperamento linfático no depende de la debilidad y relajación del sistema de vasos blancos, sino al contrario”. Doy a las palabras temperamento linfático o idiosincrasia el sentido que les dan Broussais en su *Examen* (1816) y Begin en su *Fisiología patológica*.

debate entre su formación ilustrada y el umbral de la clínica francesa, lo que se asocia a la privilegiada condición económica e intelectual de la floreciente isla del Caribe.

Recomienda habitualmente la obra de Broussais distinguiéndolo como el autor del inmortal *Tratado de las flegmasias crónicas*, en el que encontrará el lector una rica mies de sana doctrina y observaciones clínicas y anatómico-patológicas. La lectura de esta obra y la de *El Examen* son de absoluta necesidad el día de hoy; y me atrevo a aconsejar a mis compañeros en el difícil arte de la medicina, que no las dejen de la mano” (Fernández Madrid, 1889).

En el trasfondo su posición no desdeñaba el impacto de las concepciones climáticas, ambientales y la topografía médica (Beldarraín Chaple, 2000), lo que implica una adaptación consciente de la teoría a la experiencia en las regiones tropicales. También era diestro en el diálogo con otros saberes económicos, agronómicos, literarios, políticos y diplomáticos que hacían del prócer un humanista integral (Bartola, 1967).

El primero de los escritos de Fernández Madrid en Cuba fue la *Memoria sobre la disentería en general y en particular la de los barracones* (Fernández Madrid, 1817), publicada, después de haber recibido su certificación para ejercer en la isla como médico, el 27 de febrero de ese año. Uno de los elementos que Fernández reitera es la importancia del eje Teoría-Práctica, por ello este trabajo tiene su origen en la experiencia del médico cuando recién llegó al exilio y le fue asignada esa labor con los esclavos africanos. Este estudio muestra cómo hacia 1817 ya su paradigma médico había evolucionado. Recibe influencias de los británicos Hunter, Cullen, y como se ha dicho, conocía ampliamente el debate entre John Brown (1795) y Broussais (1808, 1816). Se advierten en este trabajo diversas menciones a autores inscritos en la transición de la mentalidad fisiopatológica a la anatomoclínica francesa. En esta encrucijada Fernández no es ajeno a los aportes de los patólogos italianos (Morgagni,

1761; Laín, p.384),* los clínicos franceses Pinel (Fernández Madrid, p. 384) y G.L Bayle, discípulo con Laennec de Bichat (Johnson; Fernández Madrid, 1824, p.286).

Con estos ascendientes y compartiendo el criterio de lesión anatómica como causante de la enfermedad, señala que la causa próxima de la disentería es “la irritación o más bien la flegmasia de la membrana mucosa intestinal”. Se permite aportar una definición propia de la disentería de los barracones: “la que padecen los negros de África en los mismos barracones, ingenios, cafetales, etc.”. Son muy importantes las observaciones etnográficas de Fernández respecto a la población negra que ubica como causas antecedentes.

“Se comprende sin dificultad, dice, que los cautivos negros destinados por sus amos a ser vendidos a bajos precios, serán muy maltratados por estos; porque no hay cosa peor en el mundo que ser esclavo de un bárbaro” (Fernández Madrid, 1817, p.384). Predica el carácter singular de la disentería de los barracones basada en “el mayor número de hechos y observaciones” advirtiendo que como no cuenta con “la incomparable ventaja de las preguntas tradicionales que hace el médico al enfermo, estamos privados, pues ignoramos su idioma y no hay otro remedio que procurarse negros que sirvan de intérpretes” (Fernández Madrid, 1889). Tomando posición en el debate advierte que aún los profesores enemigos de las innovaciones van olvidando en Europa el absurdo lenguaje de los patólogos humoristas.

Menciona el *Arcano de la quina*, obra póstuma de José Celestino Mutis donde recomienda con algunos reparos a la cerveza de maestro, así como unos polvos compuestos de ipecacuana, opio y cusparia que si no me engaño es una especie de quina. Reconoce el mérito de Mutis por haber clasificado y distinguido las diversas virtudes de las cuatro principales especies de la quina.

* De Morgagni, dice Laín, que “había dado un paso gigantesco hacia la descripción de lo que es anatómicamente la enfermedad” y abre la posibilidad para que Bichat avanzase en la conversión de la patología en verdadera ciencia.

Mas duda de la aplicabilidad del descubrimiento del gaditano diciendo: “No me parece que sus polvos antidisentéricos aumenten mucho su reputación”.

Recordando a su tierra Cartagena advierte que la disentería suele complicarse con las lombrices y contra esta enfermedad los europeos no tienen un remedio seguro, mientras en América poseemos varios usados por las viejas y curanderos, y desconocidos y despreciados por los médicos, solo porque no los encuentran citados en los libros de medicina. Menciona la yaba que bien administrada es un poderoso antihelmíntico y un lamedor usado en Costa Firme, llamado Lombricera. Vincula las afecciones del alma con la enfermedad y reconoce que a diferencia del hombre civilizado, el pesar que aflige al africano consume su vigor y lo rinde bajo el peso del infortunio, por ello ocasiona la irritación y debilidad de las membranas del canal alimenticio producida por crueles afecciones, respiración de un aire mortífero, escasez y mala calidad de alimentos y bebidas. Como puede advertirse, en este estudio se identifican posturas sociológicas y etiológicas que soportan su preocupación primordial por la felicidad de los hombres, en especial de los esclavos africanos, sus primeros pacientes en Cuba, por quienes experimentaba afectos y preocupaciones sinceras.

Paralelamente a su trabajo sobre la disentería, que tuvo una muy buena recepción en Cuba (Delgado García, 1994, p.4),* el médico también se destacó en el mundo intelectual (Delgado García, 1994, p.5) produciendo una poesía romántica, cantos épicos, odas y tragedias americanistas muy celebradas en la isla donde se vincula a “los primeros movimientos independentistas cubanos con el poeta argentino José Antonio Miralla, el escritor ecuatoriano Vicente Rocafuerte, y el jurista y político peruano Manuel José Viduarte” (Delgado García, 1994, p.6). En esa atmósfera intelectual refunda con Miralla en 1821 el periódico *El Argos*, que recoge sus posturas de apoyo a la restauración de

* El médico Fernández Madrid realiza trámites ante el Real Protomedicato de La Habana entre enero y febrero de 1817 y en el Archivo Histórico de la Universidad de La Habana en el expediente de estudios antiguo 4-426 aparece en latín el original de su título de Doctor en Medicina.

la Constitución progresista de Cádiz y buscaba “influir en la política del continente” (Martínez Silva, 1935, p.117).

En 1821 publica su valiosa monografía socioeconómica y cultural de índole agronómica *Memoria sobre el comercio, cultivo y elaboración del tabaco en esta isla*, bajo encargo de la Sociedad Económica. En este estudio muestra el conocimiento de su geografía y la fertilidad de su suelo privilegiado para el cultivo de esta planta que traería múltiples ventajas por la política adoptada del libre comercio. Fernández pondera la calidad especial de este producto exquisito en comparación con el que se origina en Norteamérica en Maryland. Expone alternativas para incrementar la estimación del tabaco cubano, propone la inmigración europea y el fin de la esclavitud negra, aunque reconoce que el cultivo del tabaco no requiere ni máquinas costosas ni multitud de esclavos como la caña.

No desdeña los usos medicinales del tabaco como remedio casero aplicado exteriormente para los dolores crónicos de las coyunturas, en ciertas enfermedades del pecho como toses antiguas, lo recomienda como resolutivo,* contra la parálisis y diversos prácticos de la isla lo usan para las lavativas hechas con el humo o con el cocimiento del tabaco para apoplejías y asfixias. Finalmente advierte:

En suma, el médico inteligente no se gobernará por las especies vagas esparcidas aquí y allá... sino por el conocimiento de sus cualidades estimulante y narcótica... (porque) el tabaco nos sirve de recreo en todas las circunstancias, de distracción en la soledad, de consuelo en la desgracia y de alivio y remedio de nuestras dolencias (Fernández Madrid, 1821, p.486).

En 1821, “ve también la luz su *Ensayo analítico sobre la naturaleza, causas y curación de las calenturas Thermoaldinámica y Thermoatáxica llamada calentura amarilla de América, Vómito Prieto*. En que se da una idea de la natu-

* Avala la experiencia de Juan Stedmann, Boerhave, Diemerbroech, Willis y Hartman.

raleza y curación de las demás calenturas” (Delgado García, 1994, p.4). Este trabajo fue traducido al francés “y es el único libro cubano citado en la monumental obra del doctor Antonio Hernández Morejón *Historia bibliográfica de la medicina española*, Tomo VI, Madrid, 1850” (Delgado García, 1994, p.9).

No obstante, el trabajo más importante de José Fernández Madrid en Cuba es el estudio concebido en el marco de un programa propuesto por la Sociedad Económica en sesión de 16 de diciembre de 1822 y premiado con la patente de socio de mérito de aquella Real Sociedad, a su presentación el 16 de marzo de 1824. Se trata de su *Memoria sobre el influjo de los climas cálidos y principalmente del de La Habana, en la estación del calor*.

Esta Memoria parte de unas “Noticias topográficas” de la isla para explicar la inscripción de las patologías. Enrique Beldarraín Chaple sostiene que Fernández introduce la topografía médica en la Cuba del siglo XIX y se caracteriza por “estudiar las características geográficas de algunas zonas de la isla y su efecto beneficioso o perjudicial en relación con diversas enfermedades” (Beldarraín Chaple, 2000, p.3). Igualmente estudia “las enfermedades febriles que se presentaban en la isla entre los meses de mayo a octubre... incluyendo ubicación topográfica, posibles causas, observaciones clínicas, métodos curativos y modos de evitarse” (Delgado García, 1994, p.5).

Según Gregorio Delgado García, en este trabajo se “da por primera vez en la literatura médica cubana, una clara descripción clínica de la malaria o paludismo” (Delgado García, 1994, p.4). Si algo caracteriza estos estudios del médico cartagenero es su adscripción a la vanguardia de las modernas corrientes médicas de su época. Y el interés en lo público. Al estudiar las enfermedades febriles, Madrid concibe la influencia del entorno y el calor como causa general. Menciona a fisiologistas como Anthelmo Richerand (1803) y el doctor Gilbert Blane (1819). Claramente adhiere a Broussais a quien llama “inmortal autor de la *Historia de las Flegmasias crónicas*”; menciona a Haller, Bernier (1684), Lind (1753), a Philippe Pinel, y repetidas veces al doctor Johnson como estudiosos de la incidencia del calor en la circulación.

Reconoce siguiendo a Broussais que

Todos los sistemas de la economía animal que se hallen por el calor, en un estado de excitación preternatural como acontece con los extranjeros que llegan a esta ciudad, son susceptibles de padecer una irritación de la membrana mucosa gastrointestinal, bastante a excitar la fiebre o diferentes desórdenes orgánicos y simpáticos que según su grado, y según los diversos temperamentos y predisposiciones individuales pueden constituir el cólera morbos, la disentería, la diarrea, la calentura, la intermitente, la inflamatoria, la biliosa y en fin, la fiebre amarilla (Fernández Madrid, 1824, p.262).

Distingue las influencias de la humedad y (Beguin, p.531) los efluvios pantanosos (Nacquart; Lancisi, 1707, 1717, 1728; Alibert, 1806), para concluir que “cuando hablamos de los efectos del calor y la humedad, hicimos notar que estas cualidades de la atmósfera, obran siempre de acuerdo, ora con los efluvios, ora con los miasmas” (Fernández Madrid, 1817, p.275). Concluye que en todos los casos la irritación de la membrana interna gastrointestinal es la causa general y primitiva de las enfermedades endémicas que padecen en este país de junio a septiembre. Ahora bien, comoquiera que el programa de la Sociedad Patriótica, requería opciones terapéuticas, siguiendo a Broussais sostiene que “la naturaleza por sí misma propende a la resolución de las flegmasias y lo primero que el arte debe hacer es por tanto remover todo obstáculo que se oponga a esta marcha saludable”. Recomienda la abstinencia de alimentos y el consumo de aguas gomosas ligeramente o anaranjadas, unciones de aceites dulces. Igual se refiere al método curativo para el cólera Morbus, la diarrea y la disentería.

Como puede advertirse, en su postura de ilustrado Fernández Madrid hace habitualmente un escrutinio o “Estado del Arte” de los diversos autores de su tiempo y los somete a la crítica racional, sin embargo no desdeña las experiencias propias para construir su propia terapéutica. Sin olvidar su condición de desterrado político, afirma que

esta enfermedad reina en todos los países pantanosos principalmente en los cálidos, en las tierras que sufren las inundaciones de los grandes ríos, en las orillas del Orinoco, del Magdalena, del Cauca, del Atrato y San Juan para no salir de los términos de mi patria. En todas estas partes la he observado y sufrido yo mismo navegando por las aguas desiertas del Atrato. Pero donde experimenté más todo el rigor de esta enfermedad fue en el pueblo de Bejucal, a seis leguas de esta ciudad...en el año de 1818 (Fernández Madrid, 1824, p.288).

Se refiere seguidamente a la aplicación empírica de medicamentos en el mundo ampliado e imperial que le tocó vivir, y no desdeña la homeopatía reconociendo el mercurio soluble de Hahnemann de que se sirven los médicos alemanes (Fernández Madrid, 1824, p.302).

Su preocupación por la dieta de los pacientes es constante y amorosa. Recomienda severidad en el régimen según los casos aunque prescribe alimentos procedentes del reino vegetal, los más ligeros y que cuesten menos trabajo digestivo... deben consistir en sopas de pan o fideos delgados, funches de arroz, de aves tiernas asadas, bebidas acuosas en forma de té o infusión y leche medicada. Para complementar, paseos agradables, el aire puro del campo y la distracción del enfermo contribuyen a la curación del enfermo de modo muy eficaz.

Aborda seguidamente las fiebres mucosas y biliosas* y dice que estas reinan en la ciudad y son endémicas en la estación del calor, nunca epidémicas. Invaden principalmente a los niños y las mujeres, las segundas a los adultos gastrónomos y bebedores, a los que llevan una vida activa y sufren insolaciones. Varían según la intensidad de las causas, temperamentos, idiosincrasias, órganos ofendidos, edad, sexo, etc. Desecha la quina y prefiere los métodos antiflogísticos en virtud de lo cual propone dieta, bebidas atemperantes, cataplasmas, fomentos, pediluvios y lavativas. Se queja de que en las casas de los más acomodados y opulentos, abundan los parientes aduladores, pues “todos se creen médicos” y no conocen la nueva doctrina, “por este motivo alcanza-

* Dice que estas corresponden a la descripción de las Adeno menígeas y Meningo gástricas de Pinel.

mos mejores resultados en la clase pobre y menesterosa” (Fernández Madrid, 1824, p.319).

Respecto a la fiebre amarilla dice: “De intento hago abstracción de lo mucho que he leído, pues no bajan de 80 los tratados y memorias que he consultado para estudiar la naturaleza de esta fiebre exterminadora”. Y agrega: “Mi ánimo es presentar mis propias ideas y no un compendio o un extracto”. Critica a Fournier y Vaydy, autores de un diccionario de ciencias médicas, que han “observado la enfermedad con ojos de otros” y menciona a los autores que creen* que los pacientes de la fiebre conservan sus facultades intelectuales, opinión que no considera válida ni para Cartagena, La Habana y Santo Domingo, donde muchos deliran desde el primer período. De otro lado afirma que examina las lesiones con la ayuda de la anatomía y fisiología patológicas gracias a los muchos observadores que armados del escalpelo han estudiado con infatigable celo en los cadáveres de las miserables víctimas de esta enfermedad destructora” (Fernández Madrid, 1824, p.335).

Como puede observarse, Fernández está un paso más delante de la medicina francesa pues si bien reconoce su influencia acude también a médicos anglosajones** y mediterráneos***, para concluir que en esta enfermedad y si bien es cierto que aparecen ofendidos otros órganos, ninguno tanto ni tan constantemente como la membrana interna gastrointestinal, por ello la flegmasia de esta membrana es la causa próxima de la fiebre amarilla. Y sentencia:

El médico no puede ejercitar con fruto su delicada y difícil profesión sin una imaginación viva y una especie de genio creador que pueda encontrar recursos para los casos y accidentes inesperados que a cada momento se le presentan. El que no sabe usar sino de las recetas que aprendió, poco bien puede hacer a sus enfermos.

* Se refiere a Dalmas, Gilbert, Makitrich, Rush, Bally, Moreau Jones y Chavert.

** Se refiere a los doctores Hume, Phisick, Cathwal y Stubbins, Bancroft; Johnson y Miller, quienes examinaron el estómago y el duodeno en Filadelfia en 1793.

*** Se trata de los doctores Palloni, Brinoli, Paschetti y Mochi, Tomasini, Desmoulines y Breschet, quienes han observado manchas gangrenosas en el estómago.

Concluye asegurando,

por lo que me enseña diariamente la experiencia, que con los métodos más absurdos y más contradictorios se curan los enfermos... por más simples que sean nuestras teorías, la economía animal es muy complicada; ignoramos muchas de sus innumerables relaciones simpáticas y muchas de sus leyes” (Fernández Madrid, 1824, p.349).

Paradigmas predominantes en sus trabajos médicos

Entre los aspectos destacables de la Monografía de 1824 se puede mencionar la preocupación expresa por las POLÍTICAS PÚBLICAS para prevenir y afrontar esta enfermedad en la ciudad de La Habana, la disipación de errores sobre el carácter endémico epidémico o contagioso de las enfermedades. Afirma que las enfermedades que se presentan entre junio y agosto son endémicas y aclara que las epidemias no deben causar tanto terror. Ahora, en cuanto al contagio, sostiene que conforme al parecer de muchos médicos* en particular los ingleses y americanos, estas patologías obedecen a causas locales. Aunque menciona la existencia de “virus”, admite sin embargo que “por fortuna los nativos de esta ciudad y los aclimatados en ella gozan de dichosa inmunidad (Fernández Madrid, 1824, p.359)”.

Se puede decir que si bien la evolución del pensamiento médico de Fernández presenta matices de autores modernos y pretéritos, su asombrosa bibliografía en las tres primeras décadas del siglo XIX lo ubican como uno de los precursores de la clínica francesa en América. Su labor en Cuba fue tan intensa en todos los terrenos, que aún se requerirán mayores esfuerzos investigativos para justipreciar el legado teórico y práctico de este médico colombiano. Otro capítulo será el examen de su fecunda obra literaria y de su labor diplomática (1827-1830) en Francia como Agente Confidencial y como Embajador Plenipotenciario en el Reino Unido por encargo de Bolívar y Santander, cargos

* Se trata de los ingleses Bancroft, Valentín, Devez, Millar y Caldwell.

donde se desempeñó con la brillantez que le era propia. En ese servicio a Colombia murió prematuramente en 1830.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alibert, J. L. (1826). *Nuevos elementos de terapéutica y de materia médica*. Vol. 1. Tomos 4º-8º. Madrid: Repulles.
- Barnola, P. P. (1967). *Feliz conjunción londinense de dos humanistas: Fernández Madrid y Bello*. Caracas: Italgráfica.
- Barnola, P. P. (1967). *Un prócer y médico trocado en poeta y diplomático. Un eximio humanista en funciones de sufrido secretario*. Caracas: Italgráfica.
- Beldarraín Chaple, E. (2000). La enseñanza de la geografía médica en Cuba hasta fines del siglo XXI. *Revista Cubana de Educación Médica Superior*, 14(2), mayo-agosto.
- Broussais, F. J. V. (1808). *Historie des phlegmasiesou inflammations chroniques*. París, Gabon.
- Broussais, F. J. V. (1816). *Examen de la doctrine médicale généralement adoptée*. París, Mequinos.
- Brown, J. (1795). *The elements of medicine*. Vol. 1. [Edited by Thomas Beddoes]. London: Printed for Joseph Johnson.
- Delgado García, G. (1995). El médico José Fernández Madrid, prócer de la independencia colombiana y su solidaridad con Cuba. *Cuaderno de Historia*, 80, 10. Instituto de Historia de Cuba, La Habana.
- Domínguez Ossa, C. y otros (2012). *Joaquín Francisco Fidalgo Derrotero y cartografía de la Expedición Fidalgo por el Caribe neogranadino (1792-1810)*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Elías Caro, J. E. y Vidal Ortega, A. (2013). *Ciudades portuarias en la gran Cuenca del Caribe. Visión histórica*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.
- Fernández Madrid, J. (1789-1889). Memorias Científicas. En *Obras Completas* reimpresas y publicadas en su centenario por la Gobernación del departamento de Bolívar. Bogotá: F. Pontón.

- Fernández Madrid, J. (1810). Sobre la naturaleza, causas y curación del coto. En *El Semanario* de Santa Fe de Bogotá, junio 16, por José Luis Fernández Madrid, quien la consagra en testimonio de su afecto al doctor Eloy Valenzuela.
- Fernández Madrid, J. (1817). *Sobre la disentería en general y en particular sobre la de los barracones*. La Habana.
- Fernández Madrid, J. (1889). Sobre el influjo de los climas cálidos y principalmente del de La Habana, en la estación del calor. Desenvuelto y presentado por el doctor _____ y premiado con la patente de socio de mérito por esta Real Sociedad en sesión de 16 de marzo de 1824. En *Obras Completas* reimpresas y publicadas en su centenario por la Gobernación del departamento de Bolívar. Bogotá: F. Pontón.
- García Márquez, G. (1994). *Del amor y otros demonios*. Bogotá: Norma.
- Guallar Segarra, J. El doctor Balmis y la expedición de la vacuna. *Historia y vida*. Valencia: Mimeos.
- Haller, A. (1766). *Elementa physiologiae corporis humani*. Lausanne. M. M. Bousquet.
- Llano Isaza, R. (2002). *Hechos y gentes de la Primera República colombiana (1810-1816)*. Bogotá: Banco de la República, Biblioteca Virtual.
- López de León, P. (1685). *Teoría y práctica de las apostemas en general y particular, qvestion y prácticas de cirugía de heridas, llagas y otras cosas nuevas y particulares*. Calatayud, Cristóbal Gálvez.
- Lucena Giraldo, M. (1992). *Ciencia y política en los proyectos de obras públicas*. Madrid: CSIC, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Lynch, J. (1989). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel.
- Marchena Fernández, J. (1982). *La institución militar en Cartagena de Indias en el siglo XVIII (1700-1810)*. Sevilla: Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Martínez Silva, C. (1935). *Biografía de Don José Fernández Madrid*. Bogotá: Imprenta Nacional.

- Poveda Ramos, G. (1993). Ingeniería e historia de las técnicas. En *Historia social de la ciencia en Colombia*, Tomo IV. Instituto Colombiano para el Desarrollo de las Ciencia y la Tecnología Francisco José de Caldas Colciencias.
- Quevedo, E. (1993). Institucionalización de la medicina en Colombia. Persistencia de las ideas ilustradas en medicina. En *Historia Social de la Ciencia en Colombia*, Tomo VII. Bogotá: Colciencias.
- Quevedo, E. y otros (2007). *Historia de la medicina en Colombia. Prácticas médicas en conflicto 1492-1782*. Tomo I. Bogotá: Norma.
- Restrepo Sáenz, J. M. (1948). Gobernadores de Cartagena de Indias en el siglo XVIII. *Boletín de Historia y Antigüedades*, XXXV, 75-76. Citado por Sergio Elías Ortiz (1965). *Escritos de dos economistas coloniales*. Bogotá: Publicaciones Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional.
- Silva, R. (2002). *Los Ilustrados de la Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Bogotá: Banco de la República. Medellín: Fondo Editorial Universitario Eafit.
- Solano Alonso, J. (1998). *Salud, cultura y sociedad en Cartagena de Indias*. Barranquilla: Fondo de Publicaciones Universidad del Atlántico.
- Soto Arango, D. (2000). *Francisco Antonio Zea, un criollo ilustrado*. Madrid: Ediciones Doce Calles, Colciencias, Rudecolombia.
- Soto Arango, D. (2005). Constituciones para el Colegio Universidad de San Pedro Apóstol de la Villa de Mompox. Por Eloy Valenzuela, 13 de abril de 1806. En *Mutis, educador de la élite neogranadina* (pp.232-266).
- Soto Arango, D. (2005). *Mutis, educador de la élite neogranadina*. Rudecolombia-Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Tunja: Búhos Editores.
- Triana y Antoverza, H. (marzo de 2005). Dos colombianos en Cuba, José Fernández Madrid (1780-1830) y Félix Manuel Tanco y Bosemeniel (1796-1871). *Boletín de Historia y Antigüedades*, XCII(828).
- Vidal Ortega, A. (2005). *Cartagena de Indias en la articulación del espacio regional Caribe 1580-1640*. Lebrija: Agrija Ediciones, Publicaciones de la Muy Ilustre, Antigua y Real Hermandad de los Santos de Lebrija.